

TEORÍA DE LAS RELACIONES  
SOCIALES II

30-04-2003

80,55.

Max  
Horkheimer  
Sociedad en transición:  
estudios de  
filosofía social

1986, Barcelona  
(1972, Fischer Verlag)

PLANETA-AGOSTINI

## 5. La teoría crítica, ayer y hoy<sup>1</sup>

Yo había esperado encontrarme aquí con mi amigo y colaborador Theodor W. Adorno, y he aquí que hace unas semanas falleció en forma totalmente inesperada. Ya pueden ustedes figurarse cuán gravemente me ha afectado este golpe. He escrito muchos artículos sobre él, he concedido entrevistas, y aún me siento más cansado que de costumbre. Perdónenme, pues, si lo que digo no resulta demasiado ingenioso.

Lo personal que ahora voy a decir, no deja de tener cierta importancia para la teoría crítica. Los dos somos de origen burgués y conocimos también el mundo a través de nuestros padres, que eran comerciantes. Hemos tenido un profundo amor a la familia. Su madre era italiana; artista de fama mundial, y también era artista su tía, la cual tuvo parte en su educación. Los dos filósofos que influyeron decisivamente en los comienzos de la teoría crítica fueron Schopenhauer y Marx.

Vivimos la Primera Guerra Mundial, y luego no estudiamos para hacer carrera, sino porque queríamos saber algo acerca del mundo. El que lo consiguiéramos y que luego también emprendiésemos la carrera académica, se relaciona con el hecho de que tuvimos un maravilloso profesor de filosofía, Hans Cornelius, bisnieto del pintor Peter Cornelius, el amigo de Goethe. Fue profesor, pero ya ejerció en la universidad y en sus colegas la crítica que hoy es continuada por los estudiantes. Sí, era profesor de filosofía, y nos decía que, para ser filósofo (y todo esto se encuentra en la teoría crítica) es necesario conocer las ciencias naturales, es necesario saber algo de arte, de música y composición. Él mismo me dio lecciones de composición. Y sólo de esta manera, con su ayuda, tenemos de la filosofía un concepto distinto del que hoy es corriente, el concepto de que no es una especialidad, no es una disciplina como otras disciplinas.

El Instituto de Investigación Social fundóse hace casi cin-

1. Transcripción de una conferencia libre, pronunciada en Venecia en 1969. Algo abreviada y sin haber podido ser revisada por el autor por razones de urgencia. (N. del Ed.)

cuenta años en Frankfurt, porque un hombre muy rico quiso hacer una donación<sup>2</sup> y nosotros éramos amigos de su hijo. Propusimos que fuese una institución «privada», independiente del Estado, en la que se reunieran personas que quisieran investigar en común algo que fuese importante para la sociedad en el momento histórico actual. Después de que el primer director, al cabo de unos pocos años, sufriera un ataque de apoplejía, fui yo el director de este instituto. Publiqué, como uno de sus primeros libros importantes una obra colectiva que aún hoy es actual: *Autoridad y familia*. El sentido de la autoridad se creó en la familia, y todos ustedes saben el abuso de que luego fue objeto este sentido de la autoridad por «líderes» tales como Hitler, Mussolini, Stalin.

Comoquiera que ya en los años veinte vimos claramente los peligros que representaba el nacionalsocialismo, nos marchamos oportunamente de Alemania; primero fuimos a Suiza y luego a América, a la Columbia University. Incluso en América hablábamos alemán y en alemán publicamos una revista,<sup>3</sup> porque decíamos que lo que significa cultura alemana no se hallaba en tiempos del nacionalismo en Alemania, sino entre nosotros. Nosotros la cultivábamos.

Ahora bien, ¿cómo nació, empero, la teoría crítica? Quisiera ante todo explicar a ustedes la diferencia que existe entre la teoría tradicional y la teoría crítica. ¿Qué es la teoría tradicional? ¿Qué es teoría en el sentido de la ciencia? Permítanme que les ofrezca de la ciencia una definición muy simplificada: ciencia es el orden de los hechos de nuestra consciencia que finalmente permite esperar encontrar lo correcto en el lugar correcto del espacio y del tiempo. Esto tiene validez incluso para las ciencias filosóficas: cuando un historiador afirma algo con pretensiones a la exactitud histórica, luego tiene uno que poder encontrarlo confirmado en los archivos.

La corrección en este sentido constituye el fin de la ciencia; pero (y ahora viene el primer motivo de la teoría crítica) la ciencia misma no sabe por qué ella ordena precisamente en esa dirección los hechos y se concentra en determinados objetos y no en otros. La ciencia carece de autorreflexión para conocer los motivos sociales que la impulsan hacia un lado, por ejemplo, hacia la Luna, y no hacia el bien de

2. El comerciante Hermann Weil. (N. del Ed.)

3. «Zeitschrift für Sozialforschung.» Reimpresión, Munich, 1970. (N. del Ed.)

la humanidad. Para ser verdadera, la ciencia debería conducirse críticamente para consigo misma y para con la sociedad que ella produce. Aunque no quiere decir que las cosas que hoy figuran en primer término no sean necesarias (quizá para nosotros, en los Estados en los que vivimos es necesario que se produzcan instrumentos para ser superiores a los Estados enemigos, para competir con ellos), pero al menos se debería ser consciente de estos motivos y de estas relaciones.

Cuando nació la teoría crítica en los años veinte, surgió de las ideas relativas a una sociedad mejor; se comportaba críticamente frente a la sociedad e igualmente crítica frente a la ciencia. Lo que yo dije de la ciencia no es válido sólo para ella, sino también para el individuo. El individuo forja en su mente pensamientos, pero qué es lo que le induce a tales pensamientos, por qué tiene esos pensamientos y no otros, por qué se ocupa apasionadamente de esas cosas y no de otras, de ello no sabe nada, de la misma manera que tampoco sabe nada la ciencia acerca de los motivos que le impulsan a elegir tal o cual dirección en su investigación.

Piensen ustedes, por ejemplo, cuán poco desarrollada está la psicología del ser humano. Sigmund Freud creó el psicoanálisis, pero hasta hoy no ha llegado esta ciencia a un nivel muy elevado. Hasta ahora, la Universidad no se ocupa verdaderamente de estos problemas, porque cree tener otras misiones científicas más urgentes que cumplir.

Nuestra teoría crítica originaria, como puede verse ampliamente registrado en la «Revista de Investigación Social», fue, como le sucede a uno al principio, muy crítica, en especial contra la sociedad reinante, porque ésta, como ya he dicho, produjo el horror del fascismo y del comunismo terrorista. Produjo muchísimos males innecesarios, y poníamos nuestra esperanza en que llegaría un tiempo en el que esta sociedad se organizase para el bien de todos, tal como ya hoy sería posible. Estábamos convencidos de que un factor principal en las relaciones de los seres humanos y en su pensamiento es la circunstancia de que hay dominadores y dominados, como se vio de un modo especialmente claro en el nacionalsocialismo. Por esto en aquel entonces pusimos nuestra esperanza en la revolución, porque a Alemania, después de una revolución, es imposible que las cosas le vayan peor que durante el nacionalsocialismo. Si se realizase la «sociedad correcta» por medio de la revolución de los dominados, tal como lo había imaginado Marx, también el pensar

se convertiría en un pensar más correcto. Ya que entonces ya no se trataría de la lucha, consciente e inconsciente, de las clases entre sí. Sin embargo, comprendíamos claramente, y éste es un factor decisivo en la teoría crítica de entonces y de hoy: comprendíamos claramente que esa sociedad correcta no puede determinarse de antemano. Podía decirse lo que es malo en la sociedad actual, pero no podía decirse lo que será bueno, sino únicamente trabajar para que lo malo desapareciese finalmente.

Había, pues, dos ideas básicas en la primitiva teoría crítica: en primer lugar, la de que la sociedad aún se había vuelto más injusta que antes por medio del fascismo y del nacionalsocialismo, y que un sinnúmero de personas tenían que sufrir terriblemente sin necesidad de ello, y que nosotros teníamos esperanza en la revolución, porque en la guerra no nos atrevíamos a pensar entonces. La segunda idea básica era la de que solamente una sociedad mejor puede establecer la condición para un pensar verdadero, ya que solamente en una sociedad correcta no estaría ya uno determinado en su pensar por los factores coactivos de la sociedad mala.

Ahora debo describirles a ustedes cómo se llegó de la teoría crítica de entonces a la teoría crítica de hoy. Aquí, el primer motivo lo constituye la idea de que Marx estuvo equivocado en muchos puntos. Sólo mencionaré unos pocos: Marx afirmó que la revolución sería un resultado de las crisis económicas, cada vez más agudas, unidas a la progresiva miseria de la clase trabajadora en todos los países capitalistas. Esto induciría finalmente al proletariado a poner fin a este estado y a crear una sociedad justa. Empezamos a darnos cuenta de que esta teoría era falsa, porque a la clase trabajadora le va ahora mucho mejor que en tiempos de Marx. Muchos trabajadores se convierten de simples obreros manuales en empleados con una categoría social más elevada y con mejor tenor de vida. Además, el número de empleados aumenta constantemente con respecto al de los obreros. En segundo lugar, es evidente que las crisis económicas graves son cada vez menos frecuentes. En gran parte pueden impedirse mediante intervenciones de tipo económico-político. En tercer lugar, lo que Marx esperaba en definitiva de la sociedad correcta es probablemente falso por el mero hecho de que (y este principio es importante para la teoría crítica) libertad y justicia están tan unidas como que constituyen cosas opuestas; a mayor justicia, menos libertad. Para que las

cosas se efectúen con justicia, se les deben prohibir a las personas muchas cosas, sobre todo el no imponerse a los demás. Pero cuanto más libertad hay, tanto más aquel que desarrolla sus fuerzas y es más listo que el otro podrá al final someter al otro, y por consiguiente, habrá menos justicia.

El camino de la sociedad que por entonces comenzamos a vislumbrar y que ahora juzgamos, es completamente diferente. Hemos llegado a la convicción de que la sociedad se desarrollará hacia un mundo administrado totalitariamente. Que todo será regulado, ¡todo! Precisamente cuando se haya llegado al punto de que los hombres dominen a la naturaleza, y todos tengan suficiente comida y nadie necesite vivir peor o mejor que el otro, porque cada cual podrá vivir de un modo bueno y agradable, entonces tampoco significará ya nada que uno sea ministro y el otro simplemente secretario, entonces acabará siendo todo igual. Entonces podrá regularse todo automáticamente, tanto si se trata de la administración del Estado, como de la regulación del tráfico o de la regulación del consumo. Ésta es una tendencia inmanente en el desarrollo de la humanidad, tendencia que, sin embargo, puede ser interrumpida por catástrofes. Estas catástrofes pueden ser de naturaleza terrorista. Hitler y Stalin son síntomas de ello. En cierto modo, quisieron realizar la unificación demasiado deprisa y exterminaron a los que no se ajustaban a ella. Tales catástrofes pueden ser ocasionadas por la competencia, la cual ha pasado de los individuos a los Estados y finalmente a los bloques, y conduce a guerras que interrumpen por completo todo el desarrollo. Piensen ustedes en la bomba de hidrógeno y todo lo demás, por ejemplo, bombas capaces de infectar con bacterias a países enteros.

Así, nuestra teoría crítica más moderna ya no defiende la revolución, porque, después de la caída del nacionalsocialismo, en los países del Occidente, la revolución se convertiría de nuevo en un terrorismo, en una nueva situación terrible. Se trata más bien de conservar aquello que es positivo, como, por ejemplo, la autonomía de la persona individual, la importancia del individuo, su psicología diferenciada, ciertos factores de la cultura, sin poner obstáculos al progreso.

La juventud protesta con razón de toda una serie de factores de la Universidad que deben reformarse. Pero, si mi maestro Cornelius no hubiese tenido tanto poder para ayudarnos, para permitirse hacer caso omiso de muchas reglas, para no tener que simplemente atenerse a ellas, si hubiera

tenido que guiarse meramente por un programa prescrito, nunca habría adelantado gran cosa en nuestra actividad de pensar. El poder del profesor tiene su parte mala y su parte buena. Con razón exigen los estudiantes que se llegue a renovar la Universidad, ya que de ella depende en gran parte la joven generación, las escuelas y muchas otras cosas. La renovación de la Universidad es necesaria, pero no en el sentido de que, por ejemplo, se cercene simplemente la libertad del profesor.

Voy a citar otro problema sobre el cual es preciso que veamos claro y alrededor del cual gira la teoría crítica. Exactamente lo mismo que le ocurre a la autoridad del individuo, que poco a poco va perdiéndose, le ocurre a otra cosa completamente distinta, en la que ustedes quizá no piensan y de la que no esperan que yo vaya a hablarles: de la suerte que le cabe a la teología y a la religión en nuestra sociedad. La teología, la religión no se encuentran hoy tan sólo en crisis, sino que en muchos países casi se han extinguido. Ahora se intenta conservar la religión concertando una paz artificial con la ciencia. Aquí quisiera decirles a ustedes unas frases que formulé en otro lugar. Actualmente las iglesias se hacen, entre sí y con la ciencia, todas las concesiones posibles, y la gente se da cuenta de que no se portan muy seriamente con aquello en que siempre ha creído. Escribí lo siguiente:

«Las conversaciones de las confesiones entre sí y con los marxistas y representantes de cualquier otra ideología merecen todos los respetos. Sin embargo, yo pregunto si no debería incluirse otro medio, concretamente el de hacer resaltar que todos los sistemas y conceptos teológicos, en sentido puramente positivo, ya no son sostenibles. Las religiones, incluido el judaísmo, se basan en la idea de un Ser eterno, de su omnipotencia y justicia. Sin embargo, lo que los órganos humanos pueden reconocer es lo infinito, incluido el hombre. El yo, la propia consciencia, lo que llamamos el alma, en la medida en que nosotros mismos podemos juzgar de ello, ya en la vida misma son susceptibles fácilmente de trastornarse, confundirse, interrumpirse; accidentes, enfermedad grave, incluso el consumo de alcohol y de otros estimulantes pueden hacer eso. Que en la tierra, en muchos lugares reinan la injusticia y la crueldad y los seres felices que no tienen que sufrir se aprovechan de que su felicidad depende del infortunio de otras criaturas, tanto hoy como en el pasado, el llamado pecado original, es evidente: los

que, en sentido propio, piensan, son conscientes de todo ello, y su vida, incluso en los momentos felices, incluye la tristeza. Cuando la tradición, las categorías religiosas, en especial la justicia y la bondad de Dios ya no se presentan como dogmas, como verdad absoluta, sino como el anhelo de aquellos que son capaces de sentir verdadera tristeza, precisamente porque las doctrinas no pueden ser demostradas y entrañan la duda, puede conservarse en forma adecuada la mentalidad teológica, al menos la base de la misma. No puedo discutir aquí las medidas, necesarias para tal cambio, que deben tomarse en las escuelas y en las escuelas superiores. El introducir la duda en la religión constituye un factor de la salvación de esta última.»<sup>4</sup>

La «duda» debe declararse. Las confesiones deben subsistir, pero no como dogmas, sino como expresión de un anhelo. Ya que todos debemos unirnos por medio del anhelo de que lo que en este mundo sucede, la injusticia y el horror no es lo definitivo, sino que hay otra cosa, y nos cercioramos de ello en lo que llaman religión. Debemos estar unidos en el saber que somos seres finitos. No podemos renunciar al concepto de la infinitud que ha desarrollado la religión, pero no debemos convertirlo en un dogma, y debemos reconocer que nosotros continuamos ciertos usos del pasado para mantener vivo aquel anhelo.

Hay dos doctrinas de la religión que son decisivas para la actual teoría crítica, aunque en una forma modificada. La primera es la doctrina de la que un gran filósofo, un filósofo increíble, dijo que era la mayor intuición de todos los tiempos: la doctrina acerca del pecado original.<sup>5</sup> Cuando podemos ser felices, cada minuto es comprado con el sufrimiento de un sinnúmero de otros seres, animales y humanos. La civilización actual es el resultado de un pasado horroroso. Pienso ustedes solamente en la historia de nuestro continente, en el horror de las cruzadas, de las guerras de religión, de las revoluciones. La Revolución francesa realizó ciertamente grandes progresos. Pero si ustedes se fijan detenidamente en todo lo que les sucedió a personas inocentes, dirán que ese proceso se compró a muy alto precio. Todos nosotros debemos unir la tristeza a nuestra alegría y a nuestra dicha; debemos saber que tenemos parte en una culpa. Ésta es una

4. Cf. Max HORKHEIMER, *Sozialphilosophische Studien*. Ed. por Werner Brede. Frankfurt, 1972, pp. 129 y ss. (N. del Ed.)

5. Arthur Schopenhauer. (N. del Ed.)

de las cosas de la que quería decirles que es característica de nuestro modo de pensar. La otra es una frase del Antiguo Testamento: «No debes hacer para ti ninguna imagen de Dios.» Por ello entendemos: «No puedes decir lo que es el absoluto Bien, no puedes representarlo.» Con esto vuelvo a lo que ya dije anteriormente: podemos señalar el mal, pero no lo absolutamente correcto. Las personas que viven con la consciencia de esto, tienen afinidad con respecto a la teoría crítica.

El «líder», se llame Stalin o Hitler, designa su nación como lo supremo, afirma saber lo que es lo bueno absoluto, y los demás son lo malo absoluto. Contra esto debe volverse la Crítica, ya que nosotros no sabemos lo que es lo Bueno absoluto, pero seguramente no es la propia nación ni ninguna otra.

Voy a hacer lo posible por desarrollar las ideas que en mi primera conferencia traté de expresar. Pero quisiera pedirles ahora comprensión para poder elegir algunas cosas de la teoría crítica y por el hecho de que esta selección es muy fortuita.

La última vez hablé acerca de cosas teológicas y sobre todo de la tristeza. Si miro a mi alrededor, en el mundo de ayer y de hoy, tengo que pensar forzosamente que en cada instante, en diversos lugares de la Tierra, hay personas que son torturadas y que tienen que vivir en condiciones horribles, en el miedo y en la miseria. El hambre no es siquiera lo peor, sino el miedo ante la violencia. Y seguramente constituye una de las tareas de la teoría crítica el declarar esto.

Permítanme que les diga aún otra cosa que me da que pensar: periódicos y revistas, radio y televisión, cuando es cuestión del trato con hombres de Estado, siempre acostumbran a hacer resaltar los sentimientos amistosos que esos caballeros abrigan los unos para con los otros. Siempre salen fotografiados sonriendo, incluso los representantes de los llamados Estados civilizados, los cuales conversan con asesinos de masas, que entre tanto han llegado a ministros. En rarísimas ocasiones leemos palabras tales como bribón o asesino de masas. Y, sin embargo, todo el mundo sabe que en una serie de Estados, algunos ministros han llegado al poder gracias a haber encarcelado a innumerables personas inocentes o haberlas asesinado en forma horrible; esto sucede todavía hoy.

No en cada uno de nosotros surge el anhelo de que estos horrores sean ya suficientes, que tiene que haber Alguien que compense a las víctimas inocentes al menos después de su muerte, que les haga bien, especialmente cuando murieron por defender sus propias convicciones. Por esto he hecho alusión a la teología, que es la que cultiva este anhelo, y con ello quiero justificarme ante aquellos de ustedes que, en el sentido de la ilustración, se sienten algo descontentos por haber dicho yo que debemos en cierto modo conservar la religión.

Estoy hablando de la crítica de la sociedad, según el aspecto que ofrece hoy, cuando menciono esos indignantes sentimientos de amistad para con unos representantes de Estados terroristas. Esta amabilidad tiene que ver, naturalmente, con la situación internacional, puesto que si no se es amable con esos asesinos, entonces serán amables con ellos otros Estados, y las cosas irán aún peor. Debemos comprender claramente que una de las teorías más importantes de la filosofía, la llamada teoría crítica, es la que afirma que el «progreso» se paga con cosas horribles, negativas. Piensen ustedes por un momento que los Estados que hicieron la Segunda Guerra Mundial contra Hitler y nos liberaron, jamás habrían iniciado una guerra por el hecho de que Hitler había atormentado y asesinado seres humanos, sino que lo hicieron debido a conflictos del poder político.

Permítanme que hable de problemas más sencillos. Pero antes de que comience a hacerlo, me gustaría aún decir, debo decir, que si los Estados civilizados no invirtiesen también mucho dinero en armamento, haría mucho tiempo que estaríamos ya bajo el dominio de aquellas potencias totalitarias. Cuando uno critica, debe saber también que los criticados a veces no pueden obrar de un modo diferente a como lo hacen.

Ahora me gustaría tocar un punto importante de la actualidad, el referente al sentido del leer y el escribir. En el siglo XVIII, el leer y el escribir tenían una importancia maravillosa. Cuando las personas leyeron, comprendieron que el orden que entonces aún predominaba, el orden feudal, ya no era necesario, y que cada ser humano tenía derecho a ser independiente. Con esto contribuyeron a la renovación, al progreso que vino al mundo por medio de la Revolución francesa y otros acontecimientos. En la actualidad, el leer y escribir ya no tiene tanta importancia, porque el inmenso nú-

mero de periódicos, revistas, libros, y además la televisión, la radio, el cine han acostumbrado a la gente a recibirlo todo para luego estar informada para poder contar a otros todo lo que uno sabe. La importancia de cada palabra ha disminuido por ello decisivamente.

Yo conozco a algunos que ven esto y expresan su preocupación. Vivimos en un tiempo en el que la gente lo lee todo y, como consecuencia de ello, queda en gran parte inmunizada contra lo que sucede en el mundo. La protesta de los estudiantes que se han rebelado en Alemania y en muchos otros países, se refería a estas cosas. Debido a que también leen periódicos, se han fijado finalmente en lo que figura en la primera o en la segunda cara de las hojas, lo que habla de política. Así, en Alemania, se hizo una manifestación contra la solemne recibida que se le dispensó al sha de Persia. A menudo les he dicho a mis estudiantes que es tremendo lo que hacen. Se manifiestan contra el sha de Persia, en vez de, por ejemplo, estudiar lo que sucede en las cárceles alemanas, la injusticia que domina en el individuo, cosas que quizá podrían mejorarse realmente. Al sha no le podéis destronar, les digo, y aun cuando pudieseis destronarle, probablemente vendría algo al menos igualmente malo.

Esto debemos acogerlo en nosotros, debemos incorporarlo a nuestra crítica. Antes esperábamos en la revolución en Alemania, porque reinaba el nacionalsocialismo. Hoy nos interesan esencialmente cosas más concretas en los Estados en los que nosotros mismos vivimos. Aquí ofrezco otro ejemplo de lo que la humanidad paga por el progreso, no a nivel político, sino puramente social: me refiero a lo que le sucede a la religión a causa de la ciencia, no sólo a causa de la llamada teoría tradicional, que afirma que ella es la única teoría correcta y considera como especulación todo lo demás, sino las ciencias naturales. Es necesario que cada cual haga por sí mismo la siguiente reflexión, yo sólo puedo dar un impulso para ello. La Tierra es, para la religión, el centro. Dios dirigió hacia ella su atención esencial, e incluso, en el cristianismo, envió su Hijo a la Tierra para redimir a los hombres. Si la ciencia tiene razón, y en su sentido la tiene, entonces la Tierra es un pequeñísimo átomo en medio del Universo infinito, como dijo Schopenhauer, cubierto por una capa de moho poblada de microbios. Suponer que uno de estos microbios, el hombre y su vida tiene alguna importancia para la eternidad, requiere para el pensamiento al menos un es-

fuerzo extraordinariamente grande. Pero permítanme que les diga respecto a esto unas palabras de la filosofía crítica.

La ciencia tropieza con unos límites más allá de los cuales no puede declarar nada. Piensen ustedes que este Universo, en el que la Tierra y con mayor razón los hombres aparecen como una *quantité négligeable*, ante todo no es sino una idea en la consciencia de los hombres. La Tierra es un concepto, y dijo una vez un gran filósofo que si se triturasen todas las cabezas, ya no existiría entonces lo que nos imaginamos como la Tierra y el Universo, porque se trata de una idea del sujeto pensante.<sup>6</sup> En lo que sabemos se encierra siempre nuestra propia función intelectual.

La teoría crítica tiene la misión de expresar lo que en general no se expresa. Debe, por consiguiente, señalar el costo del progreso, el peligro que, como consecuencia de él, destruye incluso la idea del sujeto autónomo, la idea del alma, porque frente al Universo aparece como nada. Al final, si alguna catástrofe no destruye la vida por completo, habrá una sociedad totalmente administrada, automatizada, que funcionará de un modo estupendo, en la que el individuo puede ciertamente vivir sin preocupaciones materiales, pero ya carece de toda importancia. La diferencia entre ministros y simples guardias urbanos será entonces muy escasa, ya que, si en el ministerio se pulsa un botón o en el cruce de unas calles, para hacer aparecer la luz verde o la roja, todo dependerá de que se aprenda a manejar en determinados casos los autómatas que cuidan de que la sociedad funcione. Porque, después de todo, queremos que el mundo sea unificado, queremos, después de todo, que el Tercer Mundo ya no se muera de hambre o tenga que vivir junto a la frontera del hambre. Pero para alcanzar este objetivo, habrá que pagar el precio de una sociedad que represente precisamente un mundo administrado.

Ahora bien, esto no significa para nosotros (y con esto reanudo el tema que comencé a tratar al final de la última conferencia: «Teoría y práctica») que tengamos que cruzarnos de brazos, que debamos aceptar simplemente el curso de las cosas. Más bien deberíamos conservar lo que antes llamaban liberalismo, la autonomía del individuo. Estuvo limitada a un grupo relativamente reducido, y nos interesa conservar para el mayor número posible de personas la au-

6. Descartes. (N. del Ed.)

tonomía del sujeto, reforzar una condición social en la que el individuo pueda desarrollar sus fuerzas. Lo que Marx se había imaginado como socialismo es en realidad el mundo administrado. No conoció la automatización y sus computadoras, de lo contrario, habría comenzado en este punto a meditar acerca de la sociedad correcta. Nosotros queremos conservar el mayor tiempo posible la independencia interna y la satisfacción interna del individuo humano, y con ello la oportunidad de su solidaridad con los otros seres humanos.

Aquí vuelvo a la teología, porque no quiero que ustedes acepten simplemente mi teoría, la teoría crítica, sino que la discutan. La teología tuvo en otro tiempo la función de procurar que, incluso sin una policía muy extensa y hábilmente formada, una persona respetase a la otra, al menos dentro de la misma sociedad, y que no cometiese ningún delito. La creencia en el cielo y en el infierno ejercía una gran función social. Mientras la mayoría de los hombres eran aún creyentes, no hacían las cosas que son malas, porque había una justicia superior. Hoy, en la época de transición, se observa que la religión va perdiendo esta función en una medida alarmante. Puede preverse que al fin será asumida esta función por hábiles instituciones sociales. Todos los modos de comportamiento humano se remontan a la familia y a la escuela. Pero ni la una ni la otra pueden ya en amplia medida cumplir sus funciones. La autoridad del padre va disminuyendo; sobre todo, el amor de la madre ya no tiene su antigua importancia. Esto se relaciona con la emancipación de la mujer, que le permite ejercer una profesión: necesariamente el hogar y los hijos ya no lo significan todo para ella. Aquí nos encontramos con otro ejemplo de que todo progreso tiene que pagarse.

El fracaso de la familia en el campo de la educación plantea a la escuela nuevos problemas. Esto afecta también a la escuela superior y a la Universidad, ya que ellas son las que forman a los maestros. Permítanme ahora que les mencione algunos puntos de la Teoría crítica que se refieren a las universidades. Ante todo, la especialización. Es tan general, que el conocimiento de las especialidades disminuye. Leemos en Ortega y Gasset:

«El descubrimiento de una técnica que permita ir al paso de los actuales progresos de la ciencia constituye uno de los asuntos más importantes y urgentes de la humanidad. Si el hombre no consigue descubrir los medios para dominar esta

exuberancia, se asfixiará bajo ella. Fuera de la jungla de la vida hay una segunda jungla que originariamente debía reducir a la primera. Si ha de ser una misión y un deber de la ciencia el poner orden en la vida, hoy es necesario poner orden en la ciencia misma. Es necesario organizar este orden, y como quiera que no es fácil reglamentarlo, debe crearse al menos la posibilidad de asegurarle un sano porvenir. Es, por consiguiente, necesario que las concesiones de una ciencia individual al menos se transmitan en forma completa.» (¡Pensemos en la filosofía!) «Es necesario volver a consolidar las fuerzas vitales y configurarlas de forma que armonicen con la vida humana, por la cual y para la cual fue creada esa ciencia. De lo contrario —y con ello quisiera advertirles a ustedes contra un eslogan muy conocido y totalmente infundado—, la ciencia desaparecerá, y el hombre no se interesará en general por ella.»

Esto tiene mucho que ver con la especialización. Quisiera aquí repetir para ustedes una frase que resulta especialmente característica para la Teoría crítica en los tiempos actuales, la de que la sociedad ya ha dejado tras de sí a la era burguesa, al liberalismo. Pero la Universidad como un todo aún no ha entrado, por muchas razones, en esta nueva fase. Un futuro profesor que haya de enseñar en un instituto alemán debe conocer griego, griego antiguo. Pero no necesita tener idea alguna de medicina, ya se cuidan de ello los colegios médicos; el médico debe aparecer como alguien que sólo da recetas, que él sólo lo sabe todo. El pobre estudiante de instituto, ni siquiera en las clases superiores, llega a saber lo que significa el cáncer. Los métodos más sencillos de la medicina, la definición corriente de las enfermedades, la relación de las enfermedades entre sí, de todo ello no se habla para nada en la escuela. Los mismos médicos se convierten cada vez más en especialistas, y aquellos de entre ellos que saben algo acerca del ser humano entero, son cada vez menos. El decano de una Facultad de Medicina dijo una vez: siempre se afirma que el médico práctico ya no constituye propiamente una profesión actual, sólo hay especialistas. Naturalmente, explicaba él mismo, que tenemos necesidad del médico práctico, ¿quién, entonces, debería enviar los enfermos al especialista? Ésta es su misión.

El estudiante que más tarde será profesor de instituto, debe, en Alemania, como hemos dicho, estudiar griego, pero, fuera de las asignaturas que él luego enseñará, no necesita,

por ejemplo, nada de pedagogía. En gran parte, con razón, ya que la psicología, de la que él también tendría necesidad, se encuentra en una mísera situación en las universidades, figura entre las asignaturas que hace mucho tiempo que no se cultivan como deberían cultivarse.

Permítanme ahora que hable de un tema que me parece especialmente importante, el tema relativo a la demagogia. En la Universidad se enseña historia; sin embargo, el estudiante no aprende nada acerca de lo que es especialmente importante para el mundo en que vivimos, acerca de lo que llaman demagogia, y sobre la forma como ésta opera. Desde Pedro el Ermitaño en la primera Cruzada hasta la era de Hitler y Stalin y sus sucesores, los trucos demagógicos siguen siendo esencialmente los mismos. Les ofrezco a ustedes algunos de ellos. El demagogo se designa a sí mismo como héroe, que al propio tiempo es un mártir, cuya vida está continuamente amenazada. Habla siempre en superlativo, pero sobre todo repite incansablemente que «nosotros» somos los buenos y los demás son los malos. Los demás (las personas de otras naciones o en la nación propia, cuando están contra él o también cuando sólo figuran en otro partido) nunca tienen razón, sólo la tiene él. Dice que pertenece al número de las personas sencillas; no obstante, es un hombre refinadamente hábil, que conscientemente usa todo un instrumental de trucos. No existe un término medio, sólo hay términos opuestos. Se supone que él es siempre el atacado, el que debe defenderse: «Tenemos que rechazar la agresión.» Para el demagogo, sus adversarios y lo que éstos hacen es algo sucio, son repugnantes bichos a los que hay que exterminar. En él desempeña un gran papel la exhortación a la «vigilancia», porque nuestros adversarios están tramando contra nosotros una «conspiración». Las alusiones a conspiraciones y a hechos misteriosos y amenazadores sirven para que este demagogo tenga en constante tensión a sus partidarios. Procede por medio de veladas alusiones. «Podría aún decirles mucho más», pero no dice nada. Se trata de unos cuantos trucos que aparecen una y otra vez. Si con el «nosotros» se piensa en los alemanes o en los griegos o en los rusos, el «nosotros» son siempre «los buenos» y «los otros» son «los malos».

Si en la escuela se indicase lo que es demagogia, en oposición a un discurso en el que se trata de la verdad, los alumnos podrían quedar entonces inmunizados contra la se-

ducción demagógica. Es preciso ofrecer ejemplos a los alumnos y demostrarles con detalle que lo que se nos ha transmitido acerca de Pedro el Ermitaño se parece asombrosamente a las prácticas de los actuales demagogos.

Todas estas cosas se aplican también en parte a los rebeldes actuales, por ejemplo, a la justificada rebelión de los negros. En un coloquio con unos investigadores americanos, que realizaban estudios sobre la rebelión de los negros, formulé la siguiente pregunta: «¿Habéis investigado a quién tiene más miedo el negro de término medio, si teme más a los negros o a los blancos?» La respuesta fue: a los negros. Entonces me acordé de que, hace unos ocho años, telefoneé a un amigo negro en Harlem para decirle que yo me encontraba allí, en Nueva York, de visita, y que estaría bien que nos viésemos. Le pregunté si debía ir yo a su casa. La respuesta fue: «¡Por el amor de Dios! Si vienes, o no volverás a salir de mi casa por tu propio pie, o yo ya no podré seguir viviendo aquí, por tener amistad con un blanco.» El terrorismo de los negros activistas contra los otros negros es mucho más fuerte de lo que se cree.

Hoy en día hay muchas «rebeliones» y se dice siempre que estos rebeldes son «inconformistas». Entonces yo suelo preguntar: «¿Qué ocurre entonces cuando uno de nosotros tiene una opinión completamente diferente?» «Ese tal tiene que conformarse a la opinión general», es, por lo común, la respuesta. Todos estos problemas forman parte de la consideración crítica de la sociedad actual, y ellos, a su vez, permítanme que se lo diga ahora, son inconformistas.

Finalmente, quisiera volver de nuevo a la relación entre la teoría y la práctica. Es preciso comprender claramente qué es lo que prácticamente puede hacer el individuo o qué es lo que pueden hacer un grupo o todo un país o incluso una unión de países. La teoría se enfrenta a estos casos en forma muy diversa. El individuo puede intentar, al menos preocuparse por ello, que en las escuelas se enseñe algo acerca de los cambios del cristianismo o acerca de las deformaciones que ha sufrido la doctrina de Marx en la historia de los partidos que se denominan a sí mismos marxistas. Todas estas cosas han quedado grandemente descuidadas, y así hay aún muchos ejemplos de cómo puede el individuo actuar prácticamente en pro de su idea. Sin embargo, en ello hay que renunciar a la cooperación de los llamados activistas, que tanto se parecen a los demagogos, porque no quieren ver en la

sociedad actual lo que merecería la pena de conservarse y, a ser posible, transformarse. También los conceptos y los valores mudan su significado, un ejemplo lo tenemos en la diferencia de conservadurismo y mentalidad revolucionaria. El verdadero conservador se encuentra en muchos casos, no siempre, más cerca del verdadero revolucionario que del fascista, y el verdadero revolucionario más cerca del verdadero conservador que de lo que ahora llaman comunismo. Podría ofrecerles ahora ejemplos de cómo muchos conservadores en Alemania tuvieron el valor suficiente para protestar contra el nacionalsocialismo.

Permítanme, para finalizar, unas palabras todavía sobre la diferencia de pesimismo y optimismo. Pesimista es, en realidad, mi idea sobre la culpa del género humano, pesimista en relación con la idea de hacia dónde corre la historia, a saber, hacia el mundo administrado, es decir, que lo que llamamos inteligencia e imaginación desaparecerá en gran parte. Una vez escribí: «El grande y necesario sentido del pensar es hacerse superfluo a sí mismo.» Pero, ¿en qué consiste el pesimismo, que comparto con Adorno, mi fallecido amigo? Consiste, a pesar de todo ello, en intentar realizar aquello que se considera como verdadero y bueno. Y así, nuestro lema fue: ser pesimistas teóricos y optimistas prácticos.

(1970)